

12-VIII-23-N

279.3

M

Bx 4700

F85

M3

V.2

DR. SAN FRANCISCO DE SALES
OBRAS Y PRINCIPALES DE SU VIDA
ESCRITA EN FRANCÉS

Esta obra es propiedad del traductor y no podrá reimprimirse sin su consentimiento.

WICKOELIYVVO
CIVITV V'COMRIY RISTVMBLY OULASHVAVVIV
CALAFEDIVD VALOMONV DE MCEAO TEON



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
RICARDO COVARRUBIAS

FUNDO
RICARDO COVARRUBIAS

81135778

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO QUINTO.

En tanto que Francisco no se ocupaba de otra cosa que de Dios en su retiro, la Condesa su madre nada omitia para que su consagracion fuese de las mas magnificas. Habia elegido para celebrarla la Iglesia de Thorens, villa grande y de muchos vecinos, (que pertenece á la casa de Sales), tanto á causa de su hermosura y magnitud de su nave, cuanto por lo próxima que está al castillo de Sales.

El ocho de Diciembre, dia destinado para la augusta ceremonia, se consagró Francisco en presencia de un gran número de pueblo que habia concurrido de Annecy, de los lugares circunvecinos, y de las personas mas distinguidas de toda la Saboya, que habian ido allí para honrarle con su asistencia. Mientras duró la ceremonia, Francisco poseido de una devocion tierna y llena de uncion pareció estar como fuera de sí mismo; y cuentan los historiadores de su vida que le sucedió una cosa algo parecida á la que cuenta San Pablo de sí mismo, cuando fué arrebatado al tercer cielo. La impresion que hizo la gracia sobre su corazon, se mostró de un modo tan sensible, que los Obispos que creyeron que se habia puesto malo, y que iba á darle alguna congoja, le ofrecieron abreviar las ceremonias; pero él les suplicó que no omitiesen cosa alguna de todas ellas, añadiendo, que la Iglesia nada habia mandado que fuese inútil, y á que Dios no hubiese señalado una bendiccion particular.

Después de su consagración, se consideró ya Francisco como un hombre muerto al mundo, y que no debía vivir sino para Dios y para la Iglesia. No se ocupó ya en otra cosa que en cumplir con los deberes de su ministerio; de los que si la educación, ó lo que debía á su familia, parecia que le distraian algunas veces, volvia á ellos al instante con un nuevo fervor, y parecia que no habia dejado de obrar, sino para volver á emprender sus ocupaciones diarias con mayor celo y actividad. Así es, que después que se marcharon los Obispos que habian hecho su consagración, volvió á entrar de nuevo en su retiro para arreglar todo lo que habia de hacer cuando llegase á Annecy. Envió entretanto á su primo Luis de Sales á que tomase posesion en su nombre, y diese parte al Cabildo de su consagración. Salió él mismo algunos dias después para Annecy acompañado de varias personas de distincion que quisieron honrar su entrada.

Fué recibido con extraordinarios honores y con una satisfaccion general; no pudiendo el pueblo cesar de alabar á Dios por haberle dado un Pastor segun su corazon, y tan propio para santificar el rebaño que el Señor le habia confiado.

Al dia siguiente de su entrada, que era el tercer domingo de adviento, subió al púlpito para anunciar á su pueblo por sí mismo la venida del Salvador, y para darle las instrucciones necesarias para recibirle debidamente. Nombró en seguida los Oficiales necesarios para el gobierno de su Diócesis, y les señaló sueldos á fin de que no fuesen gravosos á persona alguna, y pudiesen despachar con prontitud y sin interes á los que tuviesen negocios en la curia eclesiástica. Mucho hubiera deseado que todo cuanto se hubiese despachado por el tribunal hubiera sido enteramente gratuito; pero no permitiéndole la cortedad de su renta atender á los gastos que hubiera tenido que hacer para lograrlo, se li-

mitió á reformar el arancel de derechos, y los puso tan moderados, que no podian ser gravosos á persona alguna. Decia sobre esto, que mientras pudiese hacerse, era preciso dar gratuitamente lo que se habia recibido del mismo modo, y que los eclesiásticos, y especialmente los Obispos, jamas podrian evitar con demasiado cuidado la sospecha de parecer avaros é interesados; añadia, que la utilidad que resultaba de las gracias y dispensas, hacia que se concediesen con mas facilidad, y contribuia á la ruina de la disciplina eclesiástica; y que cuando no habia ganancia en concederlas no se estaba tentado de aflojar en el orden establecido para hacerlo.

Supo por entonces que el Duque de Saboya habia pasado los montes en posta *de incógnito*, y que estaba dentro de la Diócesis de Ginebra, sin que pudiesen decirle en que punto: no dudó de que hubiera en esto un gran designio; y supo efectivamente algunos dias después que su Alteza habia pensado en sorprender á Ginebra, y que habia dado el asalto en la noche del veinte y dos de Diciembre: que el mismo Príncipe, á la cabeza de algunas tropas escogidas, habia favorecido la empresa; pero que habiendo sido rechazadas sus gentes, y no habiendo seguridad de poder atacar la ciudad á viva fuerza, se habia vuelto á Turin, con la misma precipitacion con que habia venido.

Frustrado aquel gran designio, fué por algun tiempo la conversacion de toda la Europa. Como se hablase un dia de esto delante del santo Prelado, alguno le dijo que si aquella empresa hubiese salido bien, ya no se le hubiera llamado mas el pobre Obispo de Ginebra, y que el Duque no hubiera dejado de hacerle volver los grandes bienes que su Iglesia habia poseido en otros tiempos. Decid, respondió Francisco, (lo que es mas interesante que la restitucion de los bienes de que han gozado mis antecesores), que hubiera restablecido la Religion católica en aquella famosa ciudad. Añadió á

esto que la violencia y la usurpacion jamas habian sido un titulo legitimo para poseer los bienes ajenos; que sin embargo, si las cosas dependiesen de él se contentaria con ganar las almas, y se arreglaria como quisiesen con respecto á los bienes eclesiásticos. Esta respuesta edificó tanto mas á la reunion, quanto que se estaba persuadido de que hablaba segun su corazon, y no se dudaba de que estuviese dispuesto á dar no solamente sus bienes, sino aun su propia vida por la salvacion de su pueblo.

Entretanto, como estaba convencido de que nada es mas capaz de contribuir al restablecimiento de las buenas costumbres, que la instruccion de la juventud, mandó, que en todos los domingos y dias festivos se esplicase el catecismo en Annecy y en toda la Diócesis, y que se enseñase por los del Concilio de Trento y de Belarmino, á fin de que hubiese en todo el obispado una perfecta uniformidad de doctrina. Para dar prueba del aprecio en que tenia este ministerio, quiso hacer él mismo la apertura, y continuó esplicándola despues, siempre que se lo permitian sus ocupaciones. Veiase á aquel grande Prelado de quien Roma y Paris habian admirado la ciencia, y la Corte de Francia la elocuencia, en medio de los niños pequeños, acomodándose á su comprension y debilidad, é instruyéndolos él mismo con una paciencia y una dulzura que no podia dejar de admirarse.

Su ejemplo fué seguido en toda su grande Diócesis; y no hubo persona alguna á quien se le figurase (como habia sucedido hasta entónces), que esta ocupacion desdijese de su caracter. No hubo párroco que no se creyese obligado á hacer en su parroquia, lo que el santo Prelado hacia en la capital. En efecto, para demostrar mejor el aprecio en que tenia la instruccion de la juventud, siempre que sus ocupaciones no le permitian explicar por sí mismo el catecismo, no daba el encar-

go de que lo hiciesen sino á las Dignidades de su catedral, ó á las personas mas instruidas del clero. Sucedió con esto, que cada uno en particular se impuso la obligacion y tuvo por un deber el asistir á aquellas instrucciones: no se contentaban las gentes con enviar sus hijos á ellas; las personas mas ancianas y distinguidas asistian lo mismo que las menores del pueblo; y esto se llamaba ir á aprender el camino del cielo.

En efecto, despues que se habia dedicado algun tiempo á la instruccion de los niños, el santo Prelado, ó el que hacia sus veces, subia al púlpito y esplicaba de un modo fácil y familiar los principales puntos de la moral cristiana.

Despues de haber establecido la esplicacion de la doctrina, Francisco se puso á considerar si emprenderia la visita general de su Diócesis. Era entonces lo mas fuerte del invierno; la estacion era tan rigurosa que los paisanos mas robustos á penas salian de sus casas. Los que tenian que acompañar al santo Obispo, no podian oír sin estremecerse que tratase de ponerse en camino para dar una vuelta tan larga y penosa; la estension de la Diócesis de Ginebra, las montañas casi inaccesibles y cubiertas continuamente de una nieve y de un yelo tan antiguo como el mundo, por las que tenian que pasar, la pobreza del país, y los malos alojamientos que indispensablemente habian de tener, todo esto hacia temblar á los mas resueltos y acostumbrados al trabajo. Francisco incapaz de temor, cuando se trataba de cumplir con los deberes que le imponia su cargo, no dejó de proponer á los de su consejo, la intencion que tenia de empezar su visita. Decia sobre esto que nunca era demasiado pronto para que un Obispo empezase por sí mismo á tomar conocimiento de su Diócesis: que se estaba sujeto á cometer muchas faltas cuando lo que uno habia de hacer se lo encargaba á otro: que Jesucristo, el Obispo de nuestras almas, le habia enseñado

que un Pastor debe marchar siempre á la cabeza de su rebaño: que él debía conocer por sí mismo sus ovejas y llamarlas por su nombre: que no había distinguido para esto ni de tiempos ni de estaciones: que aquellas pobres gentes á quienes la Providencia había como desterrado en aquellas horrorosas montañas, no pertenecian menos al número de sus ovejas que los habitantes de las ciudades; y que tenian tanta mas necesidad de sus cuidados pastorales, cuanto mayor era la dificultad de encontrar párrocos capaces, que pudiesen resolverse á vivir entre ellas: que á la verdad la estacion era cruda; que sin embargo era la misma á corta diferencia que había elegido el Hijo de Dios para venir á visitar á los hombres: que nosotros podiamos hacer muy bien por su divina Magestad en lo mejor de la edad, lo que siendo tan parecido á nosotros en todas las cosas, menos en el pecado, se había dignado hacer por nosotros en la mayor ternura de la infancia: que muy malos habían de ser los albergues, para que fuesen peores que el portal de Belen; que si las dificultades arredraban, su ejemplo debía infundir valor: que en una palabra, nada importaba que él viviese ó dejase de vivir; pero que era de la mayor importancia el que cumplierse con su obligacion.

Como Francisco no era de los que no quieren ser contrariados, y como cuando pedia un consejo se le podia dar sin recelo alguno, los que fueron consultados no tuvieron reparo en oponerse á su resolucian: no le hablaron al principio de el rigor de la estacion, ni de las demas dificultades que no eran capaces de hacerle mudar de intento. Le representaron que durante su permanencia en la Corte de Francia, habían sucedido muchos cambios en su Diócesis de los que convenia que estuviese informado antes de empezar la visita: que la haria con mas utilidad cuando de todo estuviere mejor instruido: que la costumbre de su antecesor antes de em-

pezar la visita, era la de hacerse enviar por los Arciprestes y Deanes rurales, memorias exactas del estado de las parroquias de sus respectivos distritos; que en aquellas memorias se espresaba, en cuanto era posible, el caracter de los párrocos, el de los pueblos, sus costumbres, ocupaciones y comercio, el número de los parroquianos, de los pobres y personas acomodadas, el de los escandalosos y pecadores públicos, de los católicos y hereges, el estado de las fábricas de las Iglesias, de los hospitales, de los ornamentos, y de todo lo que pertenecia al servicio divino y á la administracion de sacramentos; que recibidas sus memorias arreglaba el plan de las visitas, que en conformidad de este plan disponia, y aun dictaba los edictos de visita; que este parecia un método tan bien dispuesto que no podian dudar de que tendria una satisfaccian en seguirlo; y que era tanto mas necesario que se hiciese enviar unas memorias exactas, cuanto que no podia valerse de las antiguas, porque el tiempo hace siempre cambios extraordinarios y que no es fácil preveer.

Añadieron á lo dicho, que si el rigor de la estacion no le parecia una razon suficiente con respecto á si mismo para dejar la visita para mejor tiempo, tendria tal vez á bien considerarlo como tal con respecto á la incomodidad que con ella causaria á sus diocesanos: que los sacerdotes de las parroquias inmediatas, la mayor parte pobres y sin carruage, y aun los mismos pueblos que acostumbraban salir á recibir y á acompañar á su Obispo, no podrian cumplir con esta obligacion sin ponerse en peligro de perder la vida, y que había tambien muchas parroquias en las montañas, cuya entrada la cerrarian los yelos y las nieves; que estos eran unos obstáculos puestos por el mismo Dios para impedir la ejecucion de su intento; y que en diferirlo no hacia mas que someterse á las órdenes de la Providencia.

Esto era atacar al santo Obispo por su flanco; tenia

tanto mas miramiento con los demas, quanto menos tenia consigo mismo; no podia resolverse á causarles la menor incomodidad. Por otra parte honraba extraordinariamente la memoria de su antecesor; se gloriaba de imitarle, y de no cambiar cosa alguna de las que habia establecido; aprobaba el método que habia seguido antes de empezar sus visitas: y del mismo modo que creia que nunca seria demasiada la firmeza que se tuviese en hacer observar los edictos una vez dados, tambien estaba firmemente persuadido de que nunca serian demasiadas las precauciones que se tomasen antes de darlos. Escribió pues por sí mismo á todas partes, para hacerse remitir las memorias todo lo mas exactas que fuese posible del estado de las parroquias; encargaba particularmente que se tuviese cuidado en ellas de informarle de las costumbres y capacidad de los que pretendian Ordenes; y dejó la visita general para otro tiempo, en que estando mejor informado de todas las cosas, pudiese hacerla con mas fruto.

Ocupóse entretanto en arreglar la ciudad de Annecy y sus contornos, y empezó el arreglo por su propia casa. No se contentó con ejecutar lo que habia proyectado antes de su consagracion; añadió ademas muchas cosas que creyó que debian contribuir á la pública edificacion. Cuentase sobre esto, que habiéndole propuesto uno de sus amigos, que tomase una muger de una edad nada sospechosa, para que cuidase de la ropa blanca y aseo de los muebles, jamas quiso consentir en ello: y añadió que no tendria en su casa ni aun á su misma madre. La razon que dió para obrar de esta suerte, fué la misma de que se valió San Agustin en una ocasion enteramente semejante: consistia esta en decir que estaba bien persuadido de que nadie podria tener que decir en que viviese con una madre de una virtud tan generalmente reconocida como la de la Condesa de Sales; pero que tal vez no sucederia lo mismo con res-

pecto á la de las señoras, cuyas visitas no podria escusarse de recibir. En efecto, la Condesa de Sales que iba muy á menudo á Annecy, no se alojó jamas en su casa; tenia para esto una casa particular á donde iba á parar, siendo este un punto sobre el que jamas se le pudo obligar á ceder.

Guardaba la misma escrupulosa exactitud con respecto á las mugeres que tenian que comunicarle algun asunto. Jamas las hablaba sino en público, ó delante de algun testigo á quien habia mandado que no los perdiese de vista. En quanto á visitas inútiles, aun las de urbanidad y buena armonia estaban absolutamente prohibidas. Decia sobre este particular, que un Obispo no tenia tiempo que malgastar; y que, aun cuando lo tuviese, no era con las personas de otro sexo con las que debia perderlo; que nada perjudicaba mas á la reputacion de los eclesiásticos, que la frecuencia de trato con las mugeres, cualesquiera que fuesen las razones de que pudiesen valerse para cohonestarlo; que la ociosidad, que siempre era peligrosa, lo era mucho mas cuando á ella se juntaba la concurrencia de personas de aquel sexo. Era de una exactitud sobre esto que llegaba á ser escrupulosa. Bajo este concepto, nada encargaba á los eclesiásticos de su Diócesis con mas cuidado, que el que se ocupasen en algo; y ha repetido con mucha frecuencia, que hubiera deseado que se hubiese establecido la antigua disciplina de la Iglesia, que mandaba á todos los clérigos que supiesen algun oficio honrado. Añadia, que aquella regla era tan general, que aun los mas sabios y mas capaces de ocuparse en la lectura de los libros santos, no estaban exceptuados de seguirla; y que la Iglesia habia estado tan persuadida de que nada habia que fuese tan peligroso á las personas consagradas á Dios como la ociosidad, que habia preferido el permitirles que cultivasen la tierra, antes que verlos sin ocupacion: el canon 31 dice, *que los clérigos por hábiles que sean*

en la predicacion, sepan un oficio honrado con que ganen para vivir: el canon 52 dice, que los clérigos ganen para mantenerse y vestirse con alguna pequeña ocupacion, ó cultivando la tierra, sin faltar por esto al desempeño de sus funciones.

El mismo era un exacto observador de aquella tan saludable disciplina. Siempre estaba ocupado en la predicacion, en la instruccion, en la oracion y en el estudio, ó en las demas funciones del Episcopado. Cuando le quedaba algun tiempo desocupado, lo empleaba en ir á los hospitales, ó á las casas particulares á visitar los enfermos. Les administraba él mismo los sacramentos, y aun algunas veces les prestaba los servicios mas bajos y repugnantes. Dios bendijo varias veces su caridad, aliviando á los enfermos que visitaba, de un modo que parecia enteramente milagroso.

El amor y estimacion que le tenia su pueblo, no podian pasar mas adelante. Cuando iba por la ciudad, por la que siempre iba á pie, salian las gentes de las casas para recibir su bendicion. Las madres particularmente le presentaban sus hijos impertinentes y testarudos, para que los bendijese; y se notó varias veces que haciéndoles la señal de la cruz en la frente, ó poniéndoles la mano sobre la cabeza, y aun acariciándolos, cesaban en sus gritos y lloros, y se volvian mas dulces y tratables.

La caridad del santo Prelado no se reducía á esto solo; entraba á menudo en las casas de los artesanos y de las gentes pobres, se informaba de sus necesidades, y los consolaba y asistia; llevaba la paz por todas partes; y en cuanto sabia que habia alguna disension en las familias, iba á la casa en que sucedia, y no salia de ella sin que hubiese establecido de nuevo la union. Nada resistia á su incomparable dulzura; nada era capaz de resfriar su caridad, y se le ha visto con su paciencia reconciliar los mas inveterados enemigos.

Mientras Francisco se ocupaba de un modo tan digno

de un santo Prelado, que debe ser el padre de su pueblo, llegó la cuaresma. Como habia determinado dar las Ordenes en aquel tiempo por la primera vez, dejó todas sus demas ocupaciones para dedicarse enteramente á esta funcion.

Estaba persuadido de que es una de las mas importantes del Episcopado, y que no hay cosa que sea mas digna de la atencion de un Obispo, que el cuidado en dar santos ministros á la Iglesia: miraba como una de las mayores y mas graves cuentas que tendria que dar á Dios la de la eleccion de las personas que ordenase, sino acertaba á elegirlos. Bajo este aspecto, redobló sus ayunos y oraciones, y poseido del temor de equivocarse, desconfiando tambien de aquella dulzura estremada que le llevaba continuamente á usar de condescendencia con las flaquezas de los hombres, decia incesantemente á Dios en el fondo de su corazon: *hacedme conocer, Señor, los que habeis elegido vos mismo, á fin de que yo no admita en el número de vuestros ministros, á los que vos habeis desechado, y que no excluya á los que vos habeis llamado.*

Usó pues de una estrema exactitud en la eleccion de los que se presentaban para pedir Ordenes, examinándolos por sí mismo con mucho rigor. No guardó miramientos sobre este particular, ni al nacimiento, ni á las recomendaciones, ni á los grandes talentos, que no estaban sostenidos por una vida santa, ó á lo menos irrepreensible á los ojos de los hombres. Examinaba muy particularmente la vocacion, y no podia sufrir que se entrase en la Iglesia con las profanas y sacrilegas miras de un sórdido interes.

Dió una prueba convincente de este modo de pensar en el examen de un joven de distinguido nacimiento, en quien se habia provisto un Priorato considerable. El santo Obispo juzgó por su aire y modales, que la renta del Priorato tenia mas parte en la súplica que hacia de

que se le admitiese á Ordenes, que ninguna otra consideracion: hizole mil preguntas sobre esto, hasta que aquel joven le confesó que no tenia mas vocacion, que la avaricia de sus padres que querian aumentar su hacienda con la renta del beneficio. Esto fué lo bastante; el santo Obispo le negó las Ordenes, y permaneció firme en su negativa por mas empeños que se pusieron para que le ordenase.

Al examen de la capacidad, unia el de las costumbres. Tomaba todos los informes que podian darle algunas luces sobre un punto tan importante; y solia decir, que los eclesiásticos de conducta desarreglada destruian mas con sus malos ejemplos, de lo que podian edificar con su doctrina. Era no obstante mas indulgente sobre este punto que sobre el de la capacidad. La ignorancia escluye para siempre; pero uno puede enmendarse, en lugar de que la ignorancia es casi siempre un mal sin remedio: se contentaba con diferir algun tiempo el ordenar á los que no le parecian bastante arreglados, hasta que hubiesen dado señales manifiestas de una regularidad conforme al estado que querian abrazar.

Sucedió con esta gran escrupulosidad en admitir los ordenandos, que las Ordenes que hacia, no eran muy numerosas; y se admiraba tanto mas su firmeza sobre este punto, cuanto que desde la conversion del Chablais y de las Bailias, sufría su Diócesis una gran escasez de sacerdotes. El lo conocia mejor que otro alguno; pero respondia cuando se le hablaba de esto, que la Iglesia no tenia tanta necesidad de sacerdotes, como de buenos sacerdotes; que con el tiempo se proveeria á todo; y que era necesario rogar al amo de la casa, que enviase á ella obreros.

Mucho hubiera deseado el establecer un seminario en Annecy, para formar en él desde sus principios á los jóvenes en la ciencia y en la virtud, y hacer de ellos unos ministros que pudiesen servir para la instruccion

y edificacion del pueblo. Su poca renta y la pobreza de su clero se lo impidió, y murió con este deseo. Acostumbraba decir con este motivo que no podia admirarse suficientemente, de que no hubiese algun Orden religioso que no hubiese establecido noviciados para instruir y formar á los pretendientes en la práctica de la regla; que no hubiese tampoco ni arte ni profesion que no tuviese, por decirlo así, su aprendizaje, en el que se estuviese obligado á dar pruebas de capacidad; y que no se hubiese tomado esta precaucion para el ministerio eclesiástico y la direccion de las almas, que es sin embargo el arte de los artes, y la mas noble, como tambien la mas difícil de todas las profesiones.

Añadia á esto el decir, que Dios le habia dado una grandísima indiferencia hácia los bienes temporales; que sin embargo estaba obligado á confesar que estos no eran inútiles á la Iglesia; que así como siempre se tenia demasiado, cuando no se hacia buen uso de lo que se tenia, así tambien era muy raro el que se tuviese suficiente, cuando se trataba de hacer buen uso de ello; que le habia sucedido muy á menudo el no poder proveer á muchas necesidades por no tener medios para hacerlo; pero que lo que le consolaba en esto, era que Dios no le pediria cuenta sino de lo que habia dado.

Un Prelado tan exacto en no admitir á los Ordenes menores sino á personas de conocida capacidad y virtud, no podia faltar á la exactitud en la colacion de los beneficios. No sufría que estos se diesen por consideraciones humanas, ó como recompensa de unos servicios prestados á menudo en negocios puramente temporales, y aun alguna de ellas en las intrigas del mundo. Llamaba á aquel infame comercio *la abominacion dentro del lugar santo*, y una de las fuentes mas fecundas de los males de la Iglesia. Para cerrar la puerta de una vez para siempre á las solicitaciones y engaños, no daba los beneficios con cura de almas, sino por concurso; es de-

cir, que no se obtenian sino por medio de disputas arregladas, en las que presidia siempre el santo Prelado, y en las que se daban pruebas públicas de capacidad, lo mismo que hubiera podido hacerse para obtener una cátedra de teología. El mas capaz era el que se llevaba siempre el beneficio. El manejo y las sollicitaciones nunca tenian parte en la provision; el mérito solamente era el que decidia; y hubiera sido escluirse de obtenerlos para siempre, el haberse salido de otros medios. En una de estas disputas fué en donde empezó á conocer las grandes disposiciones del señor de Fenouillet, que fué despues uno de los predicadores mas famosos de su tiempo, y uno de los mas grandes Prelados de la Iglesia de Francia.

Para establecer en su Diócesis una perfecta uniformidad en las instrucciones y en la administracion de los sacramentos, compuso él mismo un escelente ritual, que será un perpetuo monumento de su prudencia, de su capacidad y de la caritativa condescendencia que debe tenerse con el prójimo.

No se contuvo el celo del santo Obispo con dar á sus párrocos las instrucciones por escrito; creyó que estaba obligado á instruirlos de viva voz. Mandó pues al efecto, que se celebrase el Sínodo todos los años en un dia señalado, y sin que hubiese necesidad en lo sucesivo de nueva convocatoria. Destinaba aquel tiempo para enseñarles lo conveniente á sus funciones parroquiales; y no creia que desdijese de él, el descender hasta las últimas menudencias. Hé aqui algunas de las principales constituciones que hizo en su primer Sínodo celebrado en el año de 1603.

Como la mas grande dignidad del sacerdocio de Jesucristo viene del poder que ha dado á los sacerdotes de consagrar la divina Eucaristía, y como la mas santa de sus funciones es la de ofrecer el incruento sacrificio, asi como Jesucristo ofreció el sangriento sobre

la Cruz; quiso que un misterio tan lleno de amor, y tan capaz de llamar á los hombres al recuerdo de su Dios, fuese honrado con particularidad en toda su Diócesis, mandando al efecto que se celebrase en toda ella el oficio del Santísimo Sacramento todos los jueves del año.

Pero como la pureza del cuerpo y del espíritu sea el mejor modo de honrar este tremendo misterio, prohibió á todos los eclesiásticos el que tuviesen mugeres sospechosas en sus casas, y tomó todas las precauciones posibles para alejar de ellos hasta las mas mínimas sospechas. Les hizo varios discursos sobre este punto á cual mas enérgicos. Y porque la pureza no es una virtud que solo deban tener los sacerdotes, estando todos los cristianos obligados á guardarla con proporcion á sus respectivos estados; mandó á todos los párrocos que velasen con cuidado, y le diesen cuenta todos los años en el Sínodo del número de amancebados y adulteros públicos, que habiendo sido amonestados, no se hubiesen corregido.

Aunque fuese la costumbre de aquel tiempo, el recibir dinero por la administracion del sacramento de la penitencia, no dejó de considerar esto como un abuso, y prohibió el que se tomase en lo sucesivo: exhortando ademas á los párrocos y demas sacerdotes, á que tampoco lo exijiesen por la administracion de los demas sacramentos, y á que se contentasen con lo que se les diese voluntariamente.

Obligó á que residiesen á todos los beneficiados con cura de almas, bajo la pena de privacion de sus beneficios, reservándose á sí solo, el conocer de las razones que pudieran tener para eximirse de residir, y el derecho de permitir que se ausentasen aun cuando la ausencia hubiese de ser por poco tiempo.

Mandó á todos los sacerdotes y clérigos de su Diócesis que observasen una modestia grande en su modo de

vestir, y se arregló sobre este punto á lo que prescriben los sagrados canones. Prohibióles la entrada en los figones, todos los juegos de suerte, y todos los demas que se jugasen en público. Tambien les prohibió la caza, por los inconvenientes que de ella podian seguirse, y por la pérdida del tiempo que es consiguiente á este ejercicio.

Estableció celadores que visitasen dos veces al año cierto número de parroquias que se les señalaba: se les permitia dispensar en las cosas pequeñas, reservándose siempre el Obispo el dispensar en las grandes. Podian tambien instruir y corregir las faltas que exigian una pronta correccion.

Ademas de todo esto, obligó á los Arciprestes á que reuniesen tres veces al año á todos los sacerdotes de su distrito, á que los instruyesen en las funciones de su ministerio, y á que resolviesen todos los casos y cuestiones difíciles sobre que hubiese necesidad de consultarles.

Estableció ademas conferencias mensuales; lo que se ha visto practicar despues en Francia con tanta utilidad, que fuera de desear, que se pusiese semejante costumbre en todas las Diócesis.

La mezcla de los católicos con los hereges le hizo señalar por asunto de aquellas conferencias, diversas materias de la controversia. Las del Cardenal Belarmino servían para las objeciones y las respuestas, y regularmente se atenia á la decision de aquel sabio Jesuita. Decia sobre esto el santo Obispo, que un Pastor que no sabe defender su rebaño de los ataques de los lobos, ignora una parte esencial de su deber; que era tambien vergonzoso que un párroco no supiese responder á las objeciones de los hereges, y se quedase mudo y sin saber como defenderse, en tanto que se insultaba á la Iglesia del Dios vivo.

Ya ha podido notarse la aversion que tenia el santo

Prelado á los procesos, cuan perjudiciales los creia á la caridad, que es el fundamento de todas las virtudes cristianas, y el cuidado que ponía en detener su curso aun cuando eran entre seglares; fácil es imaginarse que los miraba con mucho mas horror cuando los veía reinar entre los eclesiásticos. Les exhortó pues á huir de ellos, ó á terminarlos cuanto antes por medio de árbitros: tambien se ofreció á componerlos si querian valerse de él para el efecto; y en realidad terminó bastantes por sí mismo. Decia á menudo hablando de esto, que no acababa de admirarse de ver que las gentes se dirigiesen á los Obispos, y á los demas sacerdotes instruidos, sobre las materias de la fé, de la moral y de la salvacion, que son asuntos infinitamente mas importantes que los que ocupan todos los dias que dura un pleito; y que se tuviese reparo en atenerse á su decision para arreglar las diferencias que nacen de los negocios temporales; que á la verdad ellos debian ignorar los embrollos, pero que tambien debian estar desterrados de entre los sacerdotes; que prescindiendo de esto, por poca aficion que hubiese á la paz de una y otra parte de las litigantes, cualquiera hombre regular y de recta intencion podia componerlas.

Su ternura para con los pobres aumentaba aun mas la aversion que su estremada dulzura le hacia tener á los pleitos; estaba persuadido de que estos agotan la fuente de las limosnas, y que el dinero que se emplea en seguirlos era otra tanta pérdida para aquellos desgraciados que no subsisten de otra cosa que de la abundancia de los demas. No podia sufrir que se diese como una razon para no dar limosna, el decir que se tenian pleitos pendientes: llamaba á esto escusarse de un pecado con otro, y lavarse con una agua que no podia ensuciarse mas de lo que estaba.

La profunda estimacion en que tenia al sacerdocio de Jesucristo, no le permitia ver sin dolor á los que esta-

ban revestidos de él, ocupados en el servicio de los Grandes del mundo, y empleados la mayor parte del tiempo en cosas totalmente indignas de su profesion. Los consideraba mientras estuviesen en aquel estado, como hombres espuestos á que se les ofreciesen ocasiones de caer, á las cuales es muy difícil resistir: y acostumbraba decir que si es tan difícil el perseverar y conservar las virtudes propias del estado eclesiástico, aun á los que viven en el retiro y la soledad, es casi imposible conseguirlo cuando se vive en el gran mundo, en donde todo favorece y halaga las pasiones, y donde parece que no hay cosa que no ataque á la inocencia.

Esto fué lo que le movió á no ordenar de sacerdotes á los que no tuviesen un título, ó á lo menos un destino en la Iglesia que les diese para vivir. No prohibió expresamente á los eclesiásticos de su Diócesis que contrajesen empeños con los Grandes, pero los exhortó á no hacerlo con mucha viveza, y puso la mano en esto tan de firme, que al fin abolió casi enteramente aquel abuso. Decía sobre este particular: *que nada habia tan dificultoso en materia de virtud, de que no se pudiese persuadir á los hombres, si se podia lograr el curarles de la avaricia y de la ambicion.*

En tanto que Francisco se ocupaba de este modo en arreglar su Diócesis, llegaron las fiestas de Pascua; apenas se pasaron cuando partió á Turin para cumplir con el Duque de Saboya, del modo que acostumbran hacerlo los Obispos de sus Estados recientemente consagrados. Fué recibido en aquella Corte con todo el aprecio que le habia adquirido su reputacion. Todo el mundo le consultaba á porfia, y el mismo Duque tuvo varias conferencias con él, concernientes al entero restablecimiento de la Religion católica en su Diócesis. Aun dió nuevas pruebas de su desinterés en esta ocasion. Todos sabian que era pobre, y el Príncipe lo sabia mejor que otro alguno: la consideracion que este le te-

nia, y aun la misma confianza que de él hacia, parecian invitarle á que le pidiese alguna gracia. Olvidóse de ello como tenia de costumbre. No se acordó sino de los pobres y de los nuevos católicos, en favor de los cuales alcanzó todo lo que pidió. No faltó quien le sugiriese la idea de que pensase en si mismo, y se aprovechase de la buena voluntad del Duque; pero el respondió, *que no habia venido para esto.* No es la Corte el paraje en donde mejor se practica la virtud; con todo no deja de ser apreciada. Todo el mundo reparó y quedó admirado de la indiferencia con que miraba Francisco los bienes temporales, y hasta el mismo Duque no pudo menos de decir: *que siempre habia advertido que los que hacian mejor uso de las riquezas, hacian menos caso de ellas que los otros.*

Como el viaje á Turin no era el solo motivo que habia obligado al santo Prelado á pasar los montes, partió de allí algunos dias despues para ir á visitar al Obispo de Saluces. Este era el padre Juvenal Ancina, sacerdote del oratorio, de quien ya hemos hablado anteriormente. Habian contraido su amistad en Roma, y habian seguido cultivándola despues por medio de cartas. Hubiera sido difícil encontrar dos hombres que mas se pareciesen en todo. Uno y otro tenian una ciencia y piedad distinguidas; se parecian sus corazones y sus almas; la misma sencillez, la misma caridad y dulzura, igual desprecio de las riquezas, y una aplicacion enteramente semejante á las funciones de su ministerio. El Obispo de Saluces, lo mismo que el de Ginebra, vivia con su pueblo como un padre con sus hijos; y su pueblo le amaba con toda la ternura, y profesaba todo el respeto, que unos hijos hubieran podido tener á su padre. Su amor para con los pobres no podia ser mayor; y le habia sucedido muy á menudo verse reducido á las mayores necesidades por consolarlos. Si la virtud y la conformidad de costumbres, son el mas só-

lido fundamento de la amistad, puede juzgarse por lo dicho de la que habria entre los Obispos de Saluces y de Ginebra.

Francisco llegó á Saluces la víspera de la Invenzion de la Santa Cruz. Como la Iglesia celebra este mismo dia la fiesta de San Juvenal patron del Obispo de Saluces, era este para él un doble motivo de devocion. De aqui tomó ocasion para suplicar al Obispo de Ginebra que hiciese un sermon á su pueblo. Francisco se lo concedió, y habiendo subido al púlpito al dia siguiente, empezó en italiano un escelente discurso en alabanza de la Santa Cruz. Acabado el exordio, el Obispo de Saluces le hizo avisar de que podia continuar el sermon en frances; puesto que el Marquesadò de Saluces habia pertenecido tanto tiempo á la Francia, y hacia tan poco que habia sido cedido al Duque de Saboya, que aun se hablaban las dos lenguas con igual facilidad. El santo Prelado prosiguió su discurso en frances, con una piedad y elocuencia que fueron admiradas de todo el mundo. Permaneció allí aun algunos dias descendiendo á las instancias del Obispo su amigo; y partió despues para satisfacer su devocion á Nuestra Señora de Montdovy, y se volvió á Annecy para la fiesta de Pentecostes.

La fiesta del Corpus, que iba acercándose, habia producido un altercado entre el Cabildo de la catedral, y el de Nuestra Señora. El Cabildo de la catedral pretendia la preferencia en la procesion y en todas partes; y los canónigos de Nuestra Señora sostenian por el contrario, que ellos estaban en posesion de presidir en todas las ceremonias eclesiásticas. Verdad es que gozaban de aquel derecho, antes de que el Cabildo de San Pedro de Ginebra se hubiese retirado á Annecy; pero desde aquel entonces los Obispos y el Cabildo de la catedral siempre se lo habian disputado. Francisco se conformó en aquella ocasion con los sentimientos de sus an-

tecesores, y pretendia que el Cabildo de la catedral debía preceder al otro. Esta declaracion no sirvió mas que para acalorar la disputa. Los canónigos de Nuestra Señora se negaron á someterse á ella; y pretendian tambien que el Obispo no podia ser juez, siendo parte. Sin embargo como la fiesta se acercaba y no podia pasarse sin arreglar la cosa aunque fuese provisionalmente, Francisco mandó interinamente que precediese el Cabildo de la catedral. Los canónigos de Nuestra Señora se negaron á obedecer, y no asistieron á la procesion.

Es cierto que el Obispo de Ginebra teniendo entera jurisdiccion sobre el Cabildo de Nuestra Señora, tenia tambien derecho de juzgar de aquella diferencia, y de obligar á las partes á que se sometiesen á su decision; pero su estremada dulzura y la aversion que tenia á los pleitos no le permitieron usar en semejante ocasion de una autoridad que no podia disputarsele. Dió pues nuevo giro al asunto, y trató de zanjarlo por medio de una composicion, é hizo convenir á las dos partes, en que se escribiera por una y otra al Duque de Nemours, señor de Annecy, para rogarle que hiciese consultar aquel negocio, y que tuviese á bien proponer él mismo los medios mas á propósito para terminarlo. El Duque consultó sobre esto á los sugetos mas hábiles del clero y del Parlamento de Paris. La pretension del Cabildo de Nuestra Señora de preceder al de la catedral, se juzgó desde luego por incapaz de sostenerse; y se propuso en seguida arreglar la marcha de los dos Cabildos, sobre la de las dos colegiats de la santa capilla, y de santa Genoveva de Paris, cuando se hallan reunidas en una funcion con el Cabildo de la catedral, es decir, que el de la catedral de Ginebra iria á uno de los lados de la procesion, y el de Nuestra Señora iria al otro.

Francisco desechó esta proposicion. Dijo que habia prestado juramento de mantener los privilegios y prerogativas del clero de la catedral; que creia ser un de-